



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 7 de septiembre de 1983

1. "En nombre de Jesús Nazareno, a quien vosotros habéis crucificado, a quien Dios resucitó de entre los muertos..." (Act 4, 10). Estas palabras del Apóstol Pedro nos ponen delante con fuerza y globalmente la realidad del misterio de la redención.

Nos remontan a lo que sucedió hace 1950 años en el Calvario. Se trata de un acontecimiento misterioso; comprenderlo plenamente supera la capacidad de la inteligencia humana, que jamás conseguirá penetrar hasta el fondo en el corazón del designio de Dios, realizado de manera inescrutable en la cruz.

Los rasgos esenciales de dicho acontecimiento nos lo han conservado las páginas del Nuevo Testamento y nos son bien conocidos. Después del hecho doloroso e incomprensible de la muerte del Maestro —recordemos la amargura de los dos discípulos de Emaús: "Lo han condenado a muerte y crucificado, y nosotros esperábamos que sería Él quien rescataría a Israel" (cf. Lc 24, 2-21)— los discípulos disfrutaron de la experiencia de Cristo vivo y resucitado. Y luego Pedro llegará a decir ante el Sanedrín de Jerusalén en nombre de los demás Apóstoles: "El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros habéis dado muerte suspendiéndolo de un madero" (Act 5, 30).

Lo que parecía derrota de Jesús, resultó en cambio su victoria definitiva gracias a la potencia de Dios que en Él venció la muerte. En la cruz de Cristo, muerte y vida se enfrentaron (*mors et vita duello confluxere mirando*) y la vida prevaleció sobre la muerte, el Dios de la vida triunfó sobre quienes querían la muerte. Este grito glorioso de la fe ante el anuncio de la resurrección de Cristo fue la comprensión primera y fundamental del "absurdo" hecho de la muerte del Maestro, a que llegó la comunidad primitiva.

2. Pero en aquella comprensión se incluía otra. Si Dios había resucitado a Jesús de la muerte, ello demostraba que dicha muerte *entraba en los designios misteriosos de Dios*, formaba parte del designio divino de la salvación. Por esto comenzó a proclamarse que la muerte de Jesús había ocurrido "según las Escrituras", "debía" ocurrir y estaba incluida en un designio más grande que envolvía a toda la humanidad.

Jesús mismo había iniciado a los discípulos en esta comprensión cuando, por ejemplo, les había dicho hablando a los discípulos en el camino de Emaús: "¡Oh hombres sin inteligencia y tardos de corazón para creer todo lo que vaticinaron los profetas! ¿No era preciso que el Mesías padeciese esto y entrase en su gloria?" (Lc 24, 25-26). Y San Lucas también escribía un poco más adelante al narrar la despedida de Jesús de los suyos: "Les dijo: 'Esto es lo que yo os decía estando aún con vosotros, que era preciso que se cumpliera todo lo que está escrito en la ley de Moisés y en los profetas y en los Salmos de mí'. Entonces les abrió la inteligencia para que entendiesen las Escrituras, y les dijo que así estaba escrito que el Mesías padeciese y al tercer día resucitase de entre los muertos, y que se predicase en su nombre la penitencia para la remisión de los pecados a todas las naciones" (Lc 24, 44-47). Y así, poco a poco, se iba desvelando el misterio.

Si la muerte de Jesús había tenido lugar según el designio de Dios contenido en las Escrituras, era una muerte "por nosotros", "por nuestros pecados", "por nuestra justificación", puesto que "en ningún otro hay salvación" (Act 4, 12). La profesión de fe que recuerda San Pablo a los corintios, dice: "Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras" (1 Cor 15, 3). Esto se afirma con fuerza en el anuncio apostólico de la muerte de Jesús. "Siendo pecadores, murió Cristo por nosotros" dice vigorosamente San Pablo (Rom 5, 8). Y en la Carta a los Gálatas "se entregó por nuestros pecados" (Gál 1, 4). Y asimismo "me amó y se entregó por mí" (Gál 2, 20). Y San Pedro recuerda: "Cristo padeció por nosotros... Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero de la cruz, para que muertos al pecado viviéramos para la justicia" (1 Pe 2, 21-24).

3. En las fórmulas recordadas no se hace distinción entre las expresiones "por nosotros" y "por nuestros pecados", pues todos somos pecadores y la muerte de Cristo debía *cancelar el pecado de todos* y hacernos posible la victoria sobre el pecado.

Este es, pues, el "gozoso anuncio" que no ha cesado de resonar en el mundo desde la mañana de Pascua: la muerte de Jesús en la cruz no fue el final sino el principio, fue sólo un triunfo aparente de la muerte. En realidad en aquel momento se verificó la victoria de Dios sobre la muerte y el mal. Su muerte figura en el centro de un gran designio de salvación delineado en las Escrituras del Antiguo Testamento y del Nuevo. Un designio que abarca a toda la humanidad, a cada hombre y a cada mujer personalmente. Cristo "fue dado" para nosotros, "fue entregado" a la muerte en nuestro favor para que fuéramos liberados de la fuerza destructora del pecado y de la desesperación de la muerte. Por esto, para el cristiano la cruz representa el signo de la liberación y la esperanza, después de haber sido instrumento de la victoria del Señor. Con razón, pues, canta la Iglesia el mismo día de Viernes Santo: "*Vexilla regis prodeunt, fulget crucis misterium*".

"Avanzan las banderas del rey, resplandece el misterio de la cruz".

La cruz nos recuerda la entrega y el amor personal de Cristo por cada uno de nosotros. Vienen al pensamiento las palabras que Pascal pone en labios de Cristo: "En ti pensaba en mi agonía, por ti derramé algunas gotas de sangre" (Pensamientos núm. 533). Jesús ha realizado enteramente su parte, en Él se nos ha dado Dios y se nos ha hecho cercano. Ahora toca a nosotros corresponder con la vida y la voluntad a Aquel que "aniquiló la muerte y sacó a luz la vida y la incorrupción por medio del Evangelio" (2 Tim 1, 10).

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

En primer lugar, mi saludo cordial para todas las personas, familias y grupos de lengua española aquí presentes.

De modo particular saludo a los sacerdotes y religiosos, a las religiosas de Jesús-María y de otros Institutos, así como a los miembros de las varias parroquias de España, que hoy son los grupos más numerosos. Una especial palabra de recuerdo y aliento en su vida cristiana para los componentes de la peregrinación diocesana de Madrid-Alcalá y de la diócesis de Ibiza, que acompañados por su Obispo han venido a Roma con motivo del Año Santo de la Redención.

La lectura bíblica escuchada durante la Audiencia nos recordaba que Jesús murió por nosotros y resucitó luego de entre los muertos. En Él encontramos nuestra salvación y el motivo de nuestra esperanza, ya que nos libró del pecado y nos precede en la felicidad del paraíso. Ese misterio de gracia y salvación en Cristo es el gran tema sobre el que hemos de reflexionar en este Año Santo, a fin de hacer realidad en nuestra vida ese plan salvador de Dios, que nos llama a superar el pecado y vivir en justicia y santidad nuevas.